

EL CIELO NUEVO Y LA TIERRA NUEVA

por ALBERTO COLUNGA, O. P.

En la memoria de todos está la enconada lucha entablada a fines del siglo pasado y principios del presente sobre el problema de los orígenes del mundo. Al fin, la contienda se vino a resolver en que la enseñanza del primer capítulo del Génesis se limita al primer artículo de nuestra fe: «Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra». Todo lo demás es una a modo de parábola que el autor sagrado emplea para inculcar a un pueblo rudo, con la obra de la creación, el precepto sabático que tanta importancia tenía en la legislación mosaica. La cosmogonía bíblica, de que tan entusiasmados estaban algunos exégetas, los cuales querían ver en ella una prueba de la revelación divina concedida a Moisés, hubo de ser echada en olvido. La S. Escritura, como libro religioso que es, no plantea los problemas científicos, que Dios entregó a las disputas de los hombres.

Con este problema de los orígenes está relacionado el de los fines. El Evangelio nos habla de la consumación del mundo. Se incluyen en esta expresión el fin de la historia humana y el juicio último del linaje humano, lo que no ofrece dificultad ni a la exégesis ni a la teología. Pero del mundo, es decir, de los cielos y de la tierra, que, según el Génesis, fueron creados para servicio del hombre, ¿qué será? La teología antigua, representada por Santo Tomás, se ocupó de este problema y, fundándose en algunos textos bíblicos, y en las concepciones físicas de la época, afirmaba la conveniencia de que los demás cuerpos, fuera de los humanos, recibieran de la bondad divina alguna perfección gloriosa, mediante la cual se acomodara al nuevo estado del hombre, de suerte que éste pudiera contemplar con los ojos corporales la gloria de la divinidad reflejada en el mundo visible. Así pensaba explicar las palabras de Isaías, citadas luego por San Pedro y por San Juan (Is. 65, 17; 66, 22; Apoc. 21, 1). Esto estaba en armonía con la común sentencia relativa al cielo empíreo, en el que Dios desplegaba su magnificencia en favor de los elegidos. (Cf. *Sum. Theol.* I, q. 66, a. 3). ¿Qué nos dice sobre esto la Escritura? Es lo que me propongo exponer ahora brevemente

Empecemos por recordar que, según la Biblia, Dios creó todas las cosas por amor del hombre. Tal es el pensamiento del capítulo primero